

EN BREVE

se pondrá a la venta
el espléndido

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡LO MÁS GRANDIOSO!

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 250

25 cts.



**EL HIJO
DE OMAR**

POR
RAMON NOVARRO
Filmoteca
de Catalunya



INGRAM, Rex

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono. 4423 A

Año V BARCELONA N.º 250

Omar Khayyam, 1922

El Hijo de Omar

Fantasia inspirada en el famoso poema persa
«El Rubaiya», de Omar Khayyam

Interpretación a cargo del mimado artista

Ramón Novarro

y la gentil actriz

Kathleen Key

Exclusiva de

PRINCIPE FILMS, Sdad. Ltda.
SAN SEBASTIÁN

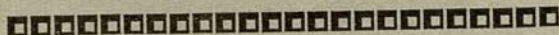
Para Cataluña, Aragón y Baleares:

J. CAVALLÉ

Aragón, 225. - Barcelona

Con esta novela se regala la postal fotografía
RONALD COLMAN





EL HIJO DE OMAR

Argumento de la película



Es el mundo un inmenso tablero de ajedrez, con días y noches por escaques, donde la mano del Destino juega con piezas que son seres humanos, a los que, tras próspera o adversa marcha, excluye de la partida por la muerte.

Así cantaba Omar Khayyam, el poeta dilecto de Persia.

El poeta confundía sus cantos con la pálida luz.

¡Despertad! Que ya el Sol dispersó las estrellas del campo de la noche, ahuyentando las sombras del cielo, y su dardo de luz hiere las torres del Sultán.

No somos más que una movible cadena de figuras fantasmales, que gira

con esa Linterna de solares reflejos sostenida en la noche por el Señor de todo lo creado.

El Jeque Rustum, hermano del poeta, era el caudillo de las tribus que asentaban su dominio sobre millares de colinas.

Hadj, amigo de Rustum, era un necio a quien no faltaba picardía para ser malvado.

Como siempre, el Jeque y Hadj platicaban juntos en su tienda.

El poeta seguía su canto:

Pero todavía encierra la vida rojas transparencias de rubíes y más de un vergel florece al beso de frescura del agua.

Confirmando esta estrofa, no lejos del campamento el amor reunía a dos jóvenes.

Bella y delicada, como un rocío de tempranas flores de almendro, era Sherin, la hija del jeque Rustum.

Ben Alí, hijo de Omar, sentía abrasarse su pecho en la llama de amor encendida para la ideal belleza de Sherin.

Se amaban con la pasión de sus años mozos.

—¿No sabes, Princesa de mi corazón, enviaba de las huríes del Paraíso, que yo te amo?

— repitióle aquella mañana Alí a Sherin, envolviéndola en fogosas miradas.



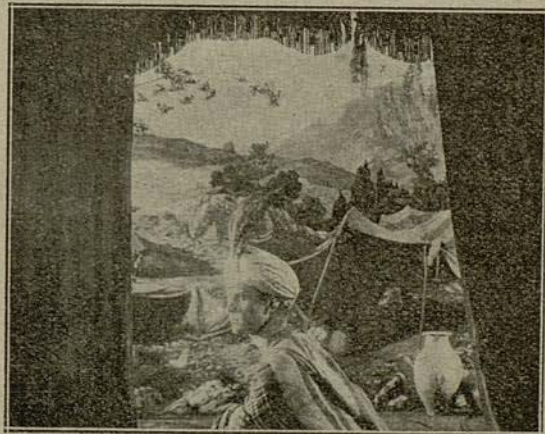
Bella y delicada, como un rocío de tempranas flores de almendro, era Sherin, la hija del Jeque Rustum.

La doncella de suave mirar y pies alados, suspiró:

— ¡Cuán feliz sería esta pobre mujer si la amases como amas la guerra!

Alí repuso, enajenado de cariño:

— Por los vientos y por los bosques, por el



Ben Alí, hijo de Omar, sentía abrasarse su pecho en la llama de amor encendida para la ideal belleza de Sherin.

Profeta y por el honor del Irán, te digo, amada mía, que renuncié a las empresas guerreras para guardar los ganados de mi padre.

En tanto, el poeta decía a su hermano, el Jeque, al reunírsele:

—Si mi hijo es tan vehemente para el amor como para la guerra, no pasarán muchas lunas, mi amado hermano, sin que tú y yo seamos abuelos.

Sonrió el Jeque, demostrando que le agradaban las palabras de su hermano, y éste, a poco despidióse de él.

—¡Adiós, Rustum! Mi amigo Yussuf vuelve de los campos de batalla, y quiero darle la bienvenida en mi propia casa de Naishapur.

La más altiva de las ciudades era Naishapur, llamada "rosa roja", porque más de una vez tiñó en sangre su suelo por la grandeza de Persia.

Pétreo el corazón, más duro que la roca de sus fortalezas, en Naishapur residía el terrible Hassan ben Sabbah.

En ausencia del Señor, las mujeres de su harén sacudían su yugo entregándose a otros amores...

Ojos de dulce mirar y negro vino retenían al hijastro del tirano en una embriaguez anuladora de la voluntad.

Su madre, que harto sabía de lo que sería capaz Hassan ben Sabbah si le encontraba en brazos de sus favoritas, dijo a su hijo, suplicante:

—¡Oye la voz de mi amor, hijo insensato! ¡Tu padraastro llega!

Pero el hijo continuó en la red del vino y la voluptuosidad, y Hassan ben Sabbah le sorprendió gozando de lo que no era suyo.

El cruel padraastro, rojo de ira, apoderóse de su hijastro como si fuera un pelele, lo zarandéo y le dijo:

—¡Ah, perro maldito!... ¡El castigo va a enseñarte que no son tuyas las mujeres de Hassan Ben Sabbah!

La madre quiso oponerse a que el esposo de feroces instintos cumpliera su amenaza, mas fué estéril cuanto súplica dirigió al monstruo.

...Y el hijastro cayó a los pies de Hassan ben Sabbah, atravesado su corazón por la daga del padraastro.

La madre rugió de dolor, y desafiando la ira del esposo inmundo, exclamó, ardiendo en el fuego de la venganza:

—¡Hassan ben Sabbah, el más cruel y odioso de los árabes! ¡La maldición de una madre te seguirá el resto de tus días!

El criminal encogióse de hombros. Tenía fe en su poderío...

—¡Por una mujer has matado a mi hijo! —

continuó la enloquecida madre—. ¡Tú también morirás por una mujer!

Y cayendo sobre el inanimado cuerpo del hijo de su alma, la madre vertió lágrimas de horrible tortura.

*
**

El príncipe Yussuf regresó de la guerra aquel día, y enterado del crimen de Hassan ben Sabbah, decidió hacer castigar cumplidamente al culpable.

Los parientes y amigos del asesinado se congregaron en el patio de la Audiencia para llorar el crimen.

El príncipe Yussuf les alentó a esperar la venganza de la justicia.

—Negra como noche tempestuosa es el alma de este asesino, saqueador de mezquitas, raptor de doncellas — dijo—. Capaz de todo perjurio, Hassan negará ante los jueces su crimen; pero yo estaré en la sala para acusarle.

Las enérgicas palabras del Príncipe constituían la seguridad del castigo de Hassan ben Sabbah.

Pero...

Los mercenarios del miserable estaban dispuestos a todos los crímenes por la vida de su Señor.

Enterados los bajos sicarios de los propósitos del Príncipe, dieron conocimiento de ellos a Hassan ben Sabbah, y éste dictó sentencia de muerte contra su temible enemigo.

Poco después, mientras el Príncipe se paseaba por los jardines de la Audiencia, esperando el momento de abrumar con sus acusaciones al criminal padrastro, manos alevosas le prendieron y una daga traidora hundióse en su corazón, quitándole la vida instantáneamente.

Un poco más tarde, el cadáver del Príncipe fué descubierto en una de las avenidas del jardín, y sobre su pecho hallábase este papel:

¡Como Yussuf, perecerán todos los enemigos de Hassan ben Sabbah!

Bajo la luna que ascendía, lenta, en el firmamento, llegó Omar Khayyam a su morada, para recibir al amigo a cuya vida pusiera término el arma homicida.

Enterado de que acababa de ser asesinado por los sicarios de Hassan ben Sabbah, como lo probaba el papel hallado sobre el cadáver del noble Príncipe, y de que aquél matara a su hijastro, no vaciló ante la sombra de su propia muerte en acudir al Tribunal para acusar al descorazonado guerrero.

Hassan ben Sabbah tuvo que acudir ante el

Tribunal, y allí aprendió que sólo el diámetro de un cabello separa lo verdadero de lo falso.

El Juez le acusó resuelto a castigarle

—Hassan ben Sabbah, tu propia mujer niega que hayas tenido motivo para matar a su hijo.

Hassan ben Sabbah trató de defenderse dando un aspecto distinto del verdadero a los hechos.

—Dos cosas hay que arman el brazo del hombre más inofensivo: la defensa de la vida... y la del honor — respondió con solemnidad, para desconcertar a los que le estaban juzgando.

Omar llegó en aquellos momentos, y ante la desfachatez de Hassan ben Sabbah, dijo al Juez, saludándole como viejo amigo:

—¡Oh, Comendador de los Creyentes! Tu siervo Omar pide el más rudo de los castigos para el asesino de su amigo el príncipe Yussuf.

El Juez no estaba enterado aún del asesinato del príncipe Yussuf, y al leer el papel que fué recogido del pecho del asesinado, dictó, sin permitir que la sesión se prolongase, su sentencia contra el cruel y temible guerrero:

—Tu delito está probado, Hassan ben Sabbah. ¡Si para la nueva luna no has salido de Persia, entregarás tu cuello al verdugo!

El castigado crispó las manos de cólera, mas hubo de acatar el fallo de la justicia, pues de otro modo, aunque él lanzase sus sicarios sobre sus enemigos, su propia vida correría peligro.

Se alejaría, pues, de Naishapur. Menos mal que no le usurpaban sus bienes.

*
**

La luna menguante presidía la marcha hacia el destierro de Hassan ben Sabbah, cuando le detuvo el milagro de una fresca rosa en pleno desierto.

Era Sherin, la hija de Rustum y prometida del hijo de Omar.

Iba la doncella en cómodo palanquín sobre las gibas de un camello, oculta a todas las miradas, cuando, al oír las pisadas de los caballos de Hassan ben Sabbah y sus acompañantes, tuvo la ocurrencia de asomar ligeramente su rostro gentil por entre los pliegues de la cortinilla de su sitial.

Hassan ben Sabbah, a pesar de que vió que Sherin ocultóse presto al cruzarse sus miradas, leyendo en las del desconocido la crueldad y el pecado, acercóse a su camello y habló a la doncella, insinuándole sus deseos de conquistador...

—Alá me ha puesto en tu camino, bella desconocida, para que pueda ofrecerte la hospitalidad de mi caravana. Mis camellos vienen cargados de marfil y oro, el vino de mis odres es un néctar que...

Pero Sherin siguió adelante, dirigiendo una mirada de desdén al repulsivo guerrero.

Hassan ben Sabbah, terco en sus caprichos, para lograrlos de un modo u otro dijo a uno de sus servidores:

—¡Esclavo! Síguela y tráeme noticias de su nombre y tribu.

Ben Alí, hijo de Omar, al enterarse del encuentro que había tenido Sherin, sintió rugir el volcán de los celos en su pecho.

Pero al volver a estrechar a su amada entre sus brazos recobraba la dicha.

Sherin sonreía, sintiéndose tan adorada, y como si rezara dijo a su amor:

—¿Es cierto, Alí, que me amas con la grandeza que dicen tus juramentos?

—¡Que si te amo!... Para ti, mi sultana, haré edificar el palacio de alabastro de mis sueños. Para ti, hurí de las huríes, conquistaré los siete reinos de la tierra. Para tus pies, mi dulce amada, formaré ajorcas con las mismas estrellas del cielo, y en tu cuello de nieve...

Sherin le interrumpió con el gesto, y, cubriéndose el rostro con sus manos de seda, para ocultar su rubor henchido de felicidad, le dijo:

—Ninguna de esas sobrehumanas hazañas te pido, dueño de mi pobre corazón... Sólo deseo que hables un momento con mi padre.

Ben Alí abrió los ojos con entusiasmo y respondió:

—Esta misma noche me atreveré a llegar a él, y resueltamente le pediré tu mano.

Viéndoles tan entregados a su amor, Rustum y su amigo Hadj disertaron acerca del amor.

—¡Qué incierto, amigo, es el camino que emprende un hombre con una doncella! — dijo Rustum.

—Más incierto, amigo, es para la doncella el camino que emprende con un hombre — contestó Hadj.

Un loro, colgado a pocos pasos de los dos amigos, escuchaba a Hadj, mirándole con piedad.

Hadj añadió:

—Cuando el hombre ama a la doncella y la doncella ama al hombre, ni el mismo Profeta, con toda su divina ciencia, puede saber lo que ocurrirá.

—¡Tú hablas como un necio! — gritó el loro.

Y Hadj, sin inmutarse, acariciándose la bar-billa, comentó mirando al loro:

—El pájaro habla como un sabio.

Hablando estaban los dos amigos, cuando lle-gó ante Rustum un enviado de Bagdad con el siguiente pergamino:

Por la presente, oh digno Jeque, tengo el pla-cer de honrarte haciéndote saber que tu hija ha merecido la gracia de mi admiración. Enviáme-la, pues, para que ocupe el puesto que en mi harén he asignado a su hermosura.

Malik

Califa de Bagdad

Rustum quedó sin habla ante el deseo del Califa, y Hadj acobardábase pensando en las fa-tales consecuencias que tendría para ellos la in-dignación del soberano si su deseo no se cum-plía.

En aquellos momentos Ben Alí y Sherin, jun-tos, iban a hablar de sus amores a Rustum, pi-diéndole autorización para desposarse.

La emoción, que aceleraba los latidos de los amantes corazones, ponía en la palabra de Alí balbuceos de timidez.

—Yo... yo he... nosotros hemos venido a... a pedirte... — empezó diciendo Ben Alí.

El Jeque, cuyo dolor era inmenso, puso de-bajo de los ojos del enamorado el pergamino del Califa.

La sorpresa y amargura de Ben Alí fueron tan intensas, que no encontró palabras para ex-pressar su agonía y su ansia de hacer frente con fiereza al más poderoso magnate de la tierra para disputarle el amor de Sherin.

La doncella, a su vez, enterada del pergami-no, rompió a llorar con desesperación, encogién-dose de temor junto a su pobre padre.

El pergamino en cuestión no era del Califa de Bagdad, sino de Hassan ben Sabbah. Era un ardid de éste para apoderarse de Sherin.

Para ello, el taimado Hassan ben Sabbah ha-bíase rapado la barba para fingirse jefe de eu-nucos del regio aspirante a los encantos de Sherin.

Rustum se debatía en angustioso dilema. Ne-gar su hija al Califa era acarrearle la venganza de éste. Ofrecérsela era morirle de pena.

Hadj, que no se detenía a pensar en más que en lo primero, aconsejaba a Rustum que acce-diese a los deseos del Califa, y la vacilación de Rustum era cada vez más dolorosa.

—¿Puedes tú, mi amigo, exhortarme sincera-mente a entregar al Califa de Bagdad mi hija,

sabiendo que está prometida a Ben Alí? — preguntó a Hadj el Jeque.

—Por la Meca que tengo más razones para aconsejarte así que palabras para explicarlas — repuso el cobarde.

—¡Tú hablas como un necio! — dijo el loro.

Y Rustum cavilaba, hundiéndose en las profundidades de la desesperación.

Alejada de la espada la mano por su voto de paz, alzaba Ben Alí a las estrellas la plegaria de guerrero que brotaba de su acongojado corazón.

Pero a su voz imploradora respondió el silencio, sólo interrumpido por el ulular del viento en la inmensa planicie desierta.

El lobo traidor rondaba en torno a la más cándida oveja de la grey.

Hassan ben Sabbah se hizo anunciar a Rustum.

—En tus umbrales aguarda el jefe de eunucos del muy ilustre Califa de Bagdad.

Rustum no pudo negarse a recibir al emisario del Califa, y Hassan, interpretando a maravilla su papel de eunuco, mostróse en extremo amable con el Jeque, y dijo a Sherin, que estaba con su padre, fiando en su protección:

—La bolsa de mi Señor es inagotable como el

agua del mar... El me envía con presentes dignos de tu valer y de su grandeza.

Numerosos esclavos fueron desfilando ante Sherin, que desdeñaba todos los obsequios, mientras Hassan ben Sabbah la contemplaba ocultando su pasión.

Cerca de la cabaña se hallaba Ben Alí, que ignoraba la llegada de Hassan ben Sabbah.

De súbito Ben Alí vió llegar a galope tendido un jinete blanco que llamó poderosamente su atención.

Ese jinete era Hadija, la esposa de Hassan ben Sabbah, la madre del hijastro asesinado por el desalmado a quien jurara vengarse.

Disfrazada de hombre, Hadija seguía, en inextinguibles afanes de cumplir su amenaza, las huellas del asesino.

Hadija saltó de su corcel junto a Ben Alí, y le dijo:

—¡Alá te guarde, hermano!... ¿No ha llegado recientemente a tus tiendas un guerrero desconocido, tan áspero y breve en el discurso como torvo en la mirada?

Ben Alí miró en torno suyo y viendo un caballo supuso que era de ese guerrero a que hacía alusión Hadija.

—No vi a nadie, pues estuve alejado de aquí hermanito.

hace una hora; pero alguien debe haber llegado en ese caballo. Veamos si está en la tienda del Jeque.

Hadija y Ben Alí entraron en la tienda de Rustum, y al darse cuenta Ben Alí de que el jefe de los eunucos del Califa de Bagdad estaba tratando de convencer a Sherin, colocóse detrás de ésta y del Jeque, animándoles a ser fuertes.

Hadija había reconocido al fugitivo esposo, a través del cambio de su semblante, pero Hassan ben Sabbah ni siquiera había sospechado a su mujer.

Ben Alí, odiando al enviado del Califa, dijo al Jeque, dispuesto a luchar a muerte:

—¡Relévame de mi juramento, y mi hoja damasquina saciará en ese perro su sed de sangre!

El Jeque se negó a ello; y entonces Ben Alí dijo a Sherin:

—Tu padre me obliga a mantener mi voto de paz. Responde tú, amada mía, al eunuco del Califa.

Sherin enfrentóse con el fingido enviado del magnate de Bagdad, y respondió así a sus intimidaciones:

—Dí a tu Califa, emisario, que cuando Ben

Alí, el dueño elegido por mi corazón, me ordena permanecer firme, yo oigo y obedezco.



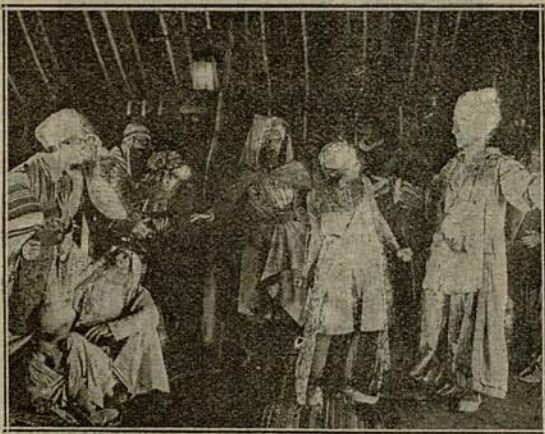
...colocóse detrás de Sherin y del Jeque, animándoles a ser fuertes.

Hassan ben Sabbah recurrió a la amenaza para vencer en su empresa.

—Poderosa es la mano de mi Señor... ¡Cui-

dado, doncella, que puede alzarse, airada, contra ti!

Cerca de Sherin estaba un hermanito suyo; viendo al cual dijo el asesino Hassan:



—Di a tu Califa, emisario, que cuando Ben Alí, el dueño elegido por mi corazón, me ordene permanecer firme, yo oigo y obedezco.

—Ríndete a su amor, para que él no mande que tu hermano sea vendido a los mercaderes de esclavos.

—¡Oh, no! — gritó Sherin abrazando a su

Hassan continuó, seguro de vencer, anunciando castigos horribles:

—Accede a sus deseos, para que él no envíe al tormento a tu padre.

—¡Oh, calla! — suplicó Sherin.

Ben Alí rugía de cólera para sus adentros, temiendo no poder resistir más de un momento a otro, olvidándose del voto de paz hecho a su padre, que seguía en Naishapur.

Hassan dijo aún, como final:

—Ven a su harén, para que él no empale a ti y a los tuyos y sea tu carne delicada pasto de los buitres del aire.

Sherin y el Jeque se abrazaron. ¿Qué hacer?

La noche había sumido en las tinieblas el campamento. Hassan dijo al Jeque:

—Te doy dos días de tiempo para que me entregues tu hija. Durante esos dos días yo y mi gente seguiremos a vuestro lado.

Durante la noche Hadija habló con el Jeque. Sherin y Ben Alí, sin revelarles quién era, dispuesta a ayudarles para salvar de las garras de Hassan a la atribulada Sherin.

De buena gana hubiese desenmascarado Hadija a su infame esposo cuando amenazaba con tanto rigor a Sherin, a su hermanito y a su padre, cual si realmente hablase en nombre del Ca-

lifa, pero se contuvo, prefiriendo recurrir a un medio más eficaz para que se diera el castigo merecido, sin que corriera sangre de inocentes, al asesino.

Hasta la aurora despertaba aquel día más triste, perdidos sus rosiclères bajo las nubes sombrías...

Hadija dijo al Jeque, como consecuencia de lo hablado durante la noche:

—Yo cabalgaré hasta Naishapur sobre el corcel más veloz, para impetrar la poderosa ayuda de tu hermano el poeta.

Sí, Omar podría salvar a todos. Por el amor de la que su hijo adoraba, retaría al Califa y a su odioso enviado.

Y partió Hadija en busca de la salvación.

Pero en el campamento quedaba la traición. Hadj, el que se llamaba amigo de Rustum, por un puñado de oro sería capaz de vender su alma. La ocasión de ganar ese puñado había llegado. Fué al encuentro de Hassan y le dijo, enterándole de los proyectos del desconocido jinete:

—Omar, al que han ido a avisar, hablará contra ti en lengua de plata; pero si tú hablas con lengua de oro, Sherin será para tu Señor.

—Toma, y confío en que me serás leal.

Hadj recogió una bolsa con oro y a todo estaría dispuesto para ganarse otra.

En tanto, cual si, más que en un corcel, en las alas del viento hubiese cabalgado, Hadija no tardó en hallarse en Naishapur, entrevistándose sin pérdida de momento con el poeta.

—Antes de la puesta del sol de mañana, tu hermano debe dar al eunuco la respuesta para el Califa.

—Vamos allá en seguida — repuso Omar.

Se pusieron en camino en el acto, sin tomar descanso Hadija.

Alí, que esperaba ansiosamente la llegada de su padre, veía, con pesar infinito, cómo languidecía de tristeza la rosa de su amor aguardando la hora del sacrificio. Para consolarla le hablaba sin cesar, pintándole un mágico porvenir; y al interrumpirse un momento, Sherin, estrechándole febrilmente las manos, le suplicó:

—No dejes de hablar, Alí querido, que tus palabras son alas sobre las que huyen en raudo vuelo mis temores.

Aquel mismo día, el campamento de las tribus de la montaña vió llegar, acompañado de Hadija, al hermano de Rustum.

¿Qué haría el poeta Omar?

Hassan ben Sabbah creía que el poeta no le

reconocería, pero apenas le vió, Omar le recordó perfectamente, a pesar de su transformación.

Convenía obrar con diplomacia, y cuando Hassan ben Sabbah dijo a Omar que acatasen el deseo del Califa, entregándole la doncella, el poeta le contestó, para que su plan triunfase, librándose del asesino sin verter sangre:

—¡Calla, eunuco impío! ¿Olvidas que este día es sagrado para todos los que profesan el culto de Mahoma? Esta noche fué la matanza de los hijos del Profeta. Nosotros, los verdaderos creyentes, hemos de trasladarnos a Naishapur, en donde, con solemnes procesiones, martirios y preces, se celebra santamente la Fiesta del Recuerdo.

Ciego de pasión, el asesino siguió a Sherin a Naishapur, desafiando el rigor de la espada de la ley.

Omar, después de asistir a los ritos, llevó a su casa a sus familiares y a Hadija, que no se separaba de ellos.

Hassan ben Sabbah entró en la mansión sin que nadie le hubiese autorizado, y mientras comían todos, dando una fiesta el poeta en honor de sus invitados, Hadija no pudo contenerse más y desenmascaró a su marido.

—Entre nosotros se sienta alguien cuyo rostro

demuestra su corazón de hiena, cuyas garras rompieron la carne de uno que tú amabas, Omar.

Todos miraron a Hadija, que concretó su acusación señalando a su esposo y diciendo:

—¡Ahí tenéis a Hassan ben Sabbah, el matador del príncipe Yussuf!

El asesino se irguió rápidamente y echó mano de su daga, exclamando, ciego de rabia:

—¡Mientes, extranjero, y vas a pagar la mentira con tu vida!

Omar se interpuso entre los dos, hallando ocasión para despedir al asesino.

—“Quien desnudase su espada en la noche del Recuerdo, la envainará en el Fuego eterno.” Así lo dice el Corán, nuestro Sagrado Libro.

Hassan ben Sabbah enfundó la daga murmurando, y Omar continuó:

—Sólo porque comiste mi sal te he perdonado la vida. ¡Ahora escoje entre salir de aquí y ser enviado a la muerte!

Hassan salió, pero aumentando sus deseos de poseer a Sherin y de vengarse de Omar y los suyos, pues también le amenazó Ben Alí, reunió a poco a sus hombres de confianza y encargóles de avisar a sus compañeros para reunirse con él

en la Colina de las Siete Horcas, con la contraseña de "Muerte".

*
**

Omar, Rustum, Ben Alí, Sherin y Hadija re-



—¡Ahora escoge entre salir de aquí y ser enviado a la muerte!

gresaron al campamento del Jeque, que Hassan atacaría con sus hombres para vengarse de todos y llevarse a Sherin.

Ben Alí y Sherin paseábanse, ajenos al peligro, por los jardines en flor, haciéndose protestas de cariño.

Sherin decía a su amado, creyendo conjurado el peligro:

—¡Oh, Alí! La música suave de tus frases de amor va quietando mi corazón tembloroso.

Y Ben Alí, acariciando a su amada, suspiraba:

—Yo siento como se pliega mi vida para recogerme bajo tus alas, amor mío.

El poeta, viéndoles tan apasionados, habló con su hermano del amor, contento de que se amasen tanto sus respectivos hijos.

Hassan ben Sabbah daba en aquellos momentos sus últimas órdenes a sus sicarios:

—¡Que deje memoria vuestro saqueo de las tiendas de Rustum!... Para vosotros será el botín, para mí la doncella.

Y, de nuevo, Ben Alí murmuraba frases de cariño al oído de Sherin.

—Amor... ¡Ah, si pudiéramos tú y yo conspirar con él para romper en mil pedazos este sistema de cosas y moldear uno nuevo, según los deseos del corazón!... Pero no temas... Los vientos de mañana barrerán las nubes, y un sueño de rutilantes estrellas serán tu vida y la mía.

Hadija, siempre al acecho de su infame esposo, descubrió a Omar el complot que aquél tra-

maba con sus hombres, y corrió en busca de auxilio.



—Yo siento como se pliega mi vida para recogerme bajo tus alas, amor mío.

Ben Alí sintió bullir su sangre de guerrero en sus venas, y suplicó a su padre:

—Padre mío... Hemos de defender a los que llevan nuestra propia sangre. Ese miserable pre-

tende saquear las tribus para contentar con el botín a sus hombres y raptar a Sherin. Déjame luchar.

El poeta comprendió y repuso:

—En ti no habla el pariente, sino el guerrero. Pero puesto que lo quieres, mi amado hijo, te eximo de tu juramento de paz.

—¡Oh, gracias, padre!

No tardaron en llegar los sicarios de Hassan ben Sabbah con éste al frente, y las tribus tuvieron que rendirse ante el número y las armas de los miserables.

Sherin fué apresada, sí que también Rustum.

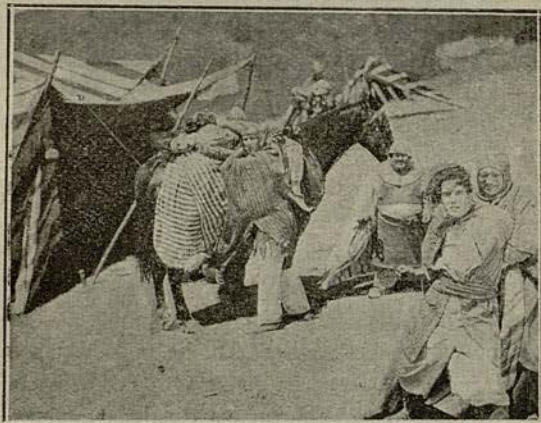
En cuanto a Alí, enfrentóse con Hassan dispuesto a clavarle su daga en el corazón.

Vano empeño el de Ben Alí. Se portaba como un héroe por el amor de su amada; pero los cobardes enemigos guardaron las espaldas de Hassan contestando, cuando éste corría inminente peligro de ser vencido por el joven guerrero, en su nombre y en crecido número.

Así, pues, Ben Alí, reducido a la impotencia, pasó por la tortura de contemplar como su amada era atada al lomo de un corcel para llevarse la los piratas del desierto a su lejano e incierto destino.

Hassan ben Sabbah, ante su triunfo, escarne-
ció a Rustum.

—Ya lo ves, Jeque; me llevo a tu hija. ¡A
ver si tienes poder para impedírmelo!



*Ben Alí, reducido a la impotencia, pasó por
la tortura de contemplar como su amada era
atada al lomo de un corcel...*

Pero llegó al campamento Hadija cabalgando
con la furia del ciclón, cuando el poeta Omar
decía a Hassan que dirigiese su vista hacia el
polvo de más allá de la montaña, levantado por

las tropas del Sultán avisadas por la esposa ven-
gadora.

Hadija gritó a Hassan, que temía ser apresado
por las tropas que llegaban:

—¡Hassan ben Sabbah, ha sonado la hora de
tu castigo! Por una mujer diste muerte a mi
hijo... ¡También a ti te dará muerte una mujer!

Se descubrió al esposo asesino, soltando su
mata de pelo y mostrando su pecho lleno de
odio; y antes de que Hassan pudiera defenderse
le hundió su daga en el corazón.

—¡Demonio! ¡Te están esperando en el in-
fierno! — rugió.

Y, cumplida su venganza por su propia ma-
no, para que el culpable de mil delitos no es-
capase con vida, se dió muerte a sí misma, ter-
minada su misión en la tierra.

*
**

Escuchad al poeta:

*Una mano eterna escribe en la altura
el destino de los humanos, y toda vues-
tra piedad, todo vuestro ingenio, to-
das vuestras lágrimas no borrarán una
sola línea de aquel fallo supremo.*

Sherin y Ben Alí proseguían su himno de
amor.

Pasado el peligro, todo les sonreía, y la vida, ingrata para otros, mostrábase exuberante de promesas para ellos, que pronto formarían el más dulce nido de amor.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

Extraordinario. Sábado próximo

La formidable novela

...¡Y SUPO SER MADRE!

Asunto grandioso

Postal-fotografía-regalo: WANDA HAWLEY

Numerosas fotos.-64 páginas.-Precio popular 50 cts.

Compre esta novela

el mismo sábado, y la recomendará a sus amistades

NO OLVIDE el último número de

Los Grandes Filmes

de La Novela Semanal Cinematográfica

¿DEBEN TENER HIJOS LOS POBRES?

De colosal asunto, como lo indica su título

DOS ÉXITOS SIN IGUAL

La Viuda Alegre y El Gran Desfile